

EL, FELIZÓMETRO

Renovación de la mente



“No se amolden a la conducta de este mundo;
al contrario, sean personas diferentes
en cuanto a su conducta y forma de pensar.

Así aprenderán lo que Dios quiere,
lo que es bueno, agradable y perfecto.”

Romanos 12:2



Algún día en la historia del mundo, alguien inventó un felizómetro. Era un aparato pequeño, delgado y blanco, de esos que tienen números y medidas para poder registrar la cantidad de alguna cosa, en este caso, de felicidad. Acercabas el felizómetro al corazón de alguien y el artefacto podía decirte si la persona era feliz o no.

El felizómetro tenía vida propia y aprendió poco a poco a reconocer a los seres humanos. Al darse cuenta de sus habilidades, el aparato iba de persona en persona midiendo su estado de ánimo.

Lo peor de todo era que cada vez que medía las emociones de alguien, hacía gestos imitando a la persona.

—¡Feliz! —decía el felizómetro a alguien que pasaba—, ¡esta persona es feliz...!

Y cuando decía eso se ponía sonriente como calabaza.

—¡Triste!, aquella persona está triste...—, e inmediatamente compungía su figura fingiendo entristecerse.

—¡Molesta!, esa persona siempre anda enojada —, decía arrugando las cejas en señal de enfado.

Al felizómetro le parecía bien divulgar los sentimientos de cada persona que encontraba, pero eso era algo de muy mal gusto. Sin embargo, una familia decidió recogerlo y llevarlo a su hogar. Era la primera vez que alguien decidía llevarlo a su casa.

El felizómetro pensó cumplir con todas sus ganas la tarea de medir la felicidad, pero eso no fue algo que aquella familia apreció.

Cuando entraba el papá luego de sus muchas horas de trabajo, el artefacto colgaba los hombros y emitía un pitillo estridente diciendo:

—¡Cansado y enojado!, ¡cansado y enojado!

Los hermanos se peleaban por algún juguete y otra vez el aparato chirriaba:

—¡Uno está triste y el otro enfadado!, ¡uno está triste y el otro enfadado!

La señora de la casa se asomaba a la ventana por la tarde y el felizómetro gritaba:

—¡Sola... se siente deprimida y sola!, ¡aquí nadie es feliz! Todos los miembros de la familia soportaban incómodos sus impertinencias, hasta que la mayor de los hermanos que ya tenía unos siete años, se acercó al aparato, harta de escuchar sus acusaciones.

—¡Yaaa bastaaa!... ¡cállate!, ¿no te das cuenta de que no queremos escuchar tus mediciones de felicidad? ¡No te necesitamos!

Y diciendo eso, salió corriendo hacia su habitación.

Fue la primera vez que alguien le decía al felizómetro lo mal que estaba actuando.

¿De qué le servía al pobre aparato gritar a los cuatro vientos la falta de felicidad de alguien, si era él mismo quien les provocaba el rencor, la ira y el llanto?

Por eso prefirió estar callado y salir de aquel hogar, hasta lograr entender al ser humano de verdad, no solo para medir sus emociones, sino para entender su corazón. Entender a los hombres, a las mujeres, a los niños y a los jóvenes.

Y el tiempo pasó..Viajó el felizómetro de país en país,

de ciudad en ciudad, de casa en casa, y tuvo tiempo de aprender. Aprendió de los hombres, de las mujeres y sobre todo de los niños. Conoció niños felices y también niños tristes, niños que no tenían la culpa de haber nacido en un mal hogar y también los que estaban orgullosos de sus papás.

También conoció a los niños que pasan todo el tiempo solos, y a esos que solo andan jugando y divirtiéndose porque tienen muchos amigos.

Luego de algunos años, por aquellas casualidades de la vida, el felizómetro fue a parar nuevamente en la primera casa de donde salió. Sí, justo allí, donde aquella pequeña niña le había gritado unas cuantas verdades.

Ahora la niña era una joven hermosa, de cabellos rizados y más sonriente que todas las jóvenes de su edad, aunque a veces tenía sus momentos de nostalgia.

Miró al viejo aparato que medía la felicidad y recordó aquellos tiempos de su niñez, cuando tuvo que decirle que pare con esas mediciones que hacían sentir tan mal a todos.

—¡Hola, pequeño aparato!, te recuerdo bien. ¿Acaso no me vas a decir cómo me siento hoy?

—Saludos señorita —
respondió con cortesía el
felizómetro—, veo que se
encuentra usted feliz, eso me
alegra.

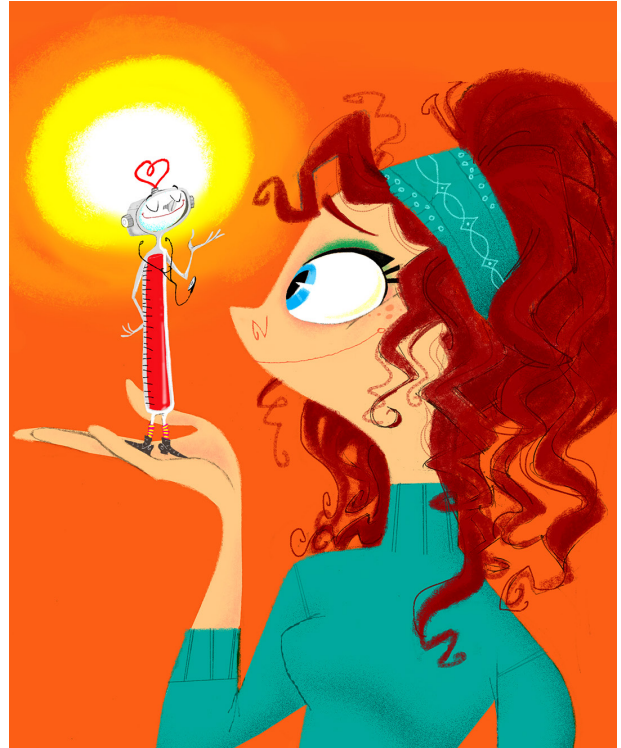
—¡Je, je!, pues yo veo que
ahora eres un aparato muy
educado.

—He tenido que aprender de
ustedes los humanos —dijo—,
y de paso quería darte las
gracias. Sin ti, jamás hubiera
entendido lo más profundo de
sus emociones.

—Te felicito, pero creo que aprendiste más que eso.

Aprendiste a cambiar. Eso es algo que solo los humanos
pueden hacer.

—Gracias señorita, supongo que entender más a los
humanos, me hace más humano.



Dialoga con tus hijos.

- » ¿Crees que las personas pueden cambiar?
- » ¿En qué deberías cambiar?